

VIOLENCIA, COMERCIO, CAPITALISMO¹

Al analizar cómo la invasión tártara de Europa en el siglo XIII trastocó el comercio en el mar del Norte, lo que conllevó la saturación de los almacenes ingleses, Edward Gibbon apunta que «resulta curioso que las órdenes de un kan mongol, que reinaba en las fronteras de China, tuvieran como consecuencia la caída del precio de los arenques en el mercado inglés». De esta aseveración surgen dos cuestiones. La primera se refiere a la potente relación existente en la época entre los diversos mercados del norte, hasta el punto de que la pesca inglesa en buena parte descansaba en la clientela de los comerciantes suecos. Cuando en 1238 se vieron disuadidos a alejarse de puerto en vista de las noticias sobre las conquistas tártaras en el lejano Oriente, los desesperados comerciantes llegaron a verse obligados a deshacerse de cuarenta o cincuenta pescados por tan solo un chelín. De ahí la segunda cuestión: la vulnerabilidad de estas redes contra la intrusión violenta. El daño ocasionado fue, en esta ocasión, secundario, y la relación entre comercio y ejército se convirtió en aún más estrecha, si no intrínseca; después de todo, Marx entendió la explotación colonial como el «momento clave de la acumulación primitiva» y la coerción como elemento intrínseco de la economía mundial bajo el capitalismo. Por su parte, en 1894, Max Weber afirmaba que «los inevitables esfuerzos que supone la expansión comercial [...] se acercan a un punto a partir del cual sólo desde el poder se decidirá la participación de cada nación en el control económico del mundo».

No obstante, esta concepción no puede estar más alejada de la actual ortodoxia, que considera que el libre mercado y las instituciones liberales, y no el poder armado, son los elementos determinantes de la prosperidad nacional. Junto a las loas de los acólitos de Jagdish Bhagwati y Martin Wolf de las que son objeto la desregulación y la reducción de los aranceles en la época actual, el neoliberalismo ha sido capaz de producir un discurso histórico repleto de alabanzas hacia el comercio mundial. La obra de William Bernstein *A Splendid Exchange* (2008) recrea la historia de los

¹ Ronald Findlay y Kevin O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton, Princeton University Press, 2007, 619 pp.

comerciantes de especias y los exploradores europeos, y celebra la máxima de Smith según la cual el hombre tiene una innata «propensión hacia el tráfico, el trueque y el intercambio»; Bernstein sentencia: «cualquier esfuerzo por reprimirla está condenado al fracaso a largo plazo». En *Power and Plenty*, Ronald Findlay y Kevin O'Rourke trazan un relato histórico del comercio que se centra mucho más en la violencia histórica. En parte, su pretensión es concienciar a sus correligionarios consagrados a la economía, más preocupados por las estadísticas abstractas y algo negligentes con las políticas del poder más allá de la singular excepción de la política arancelaria, acerca de los coercitivos orígenes de la economía mundial. No obstante, tanto Findlay como O'Rourke, establecidos en Columbia y el Trinity College de Dublín respectivamente, no dudan en afirmar que la globalización contemporánea es fundamentalmente benigna.

Su narrativa se estructura en torno a «tres acontecimientos históricos mundiales»: la Peste Negra, que se extendió a lo largo de las rutas comerciales de Eurasia y a la larga aumentó el nivel de vida y la demanda por las mercancías asiáticas; el descubrimiento de América y su integración comercial con el viejo continente; y la Revolución industrial, que transformó la escala del comercio global. *Power and Plenty* rastrea la huella de las grandes potencias en estos procesos de integración y trata de localizar a los precursores de la globalización actual, en relación con la convergencia de los precios internacionales de las materias primas, del mismo modo que se hacía en la anterior obra de O'Rourke sobre el siglo XIX, *Globalization and History*. A medida que se aproximan al momento presente, el poder estatal se ve eclipsado por la arribada del intercambio mercantil pacífico, convirtiendo el relato, colmado de datos empíricos, en tendenciosamente selectivo.

Con el fin de conceptualizar los vínculos existentes entre el comercio y la coerción, Findlay y O'Rourke recurren al artículo de Jacob Viner publicado en 1948 en la revista *World Politics*, «Power versus Plenty as Objectives of Foreign Policy in the Seventeenth and Eighteenth Century». En dicho artículo, el autor señala que las sociedades mercantiles entienden la riqueza comercial y el poder nacional como actividades perfectamente compatibles. Por su parte, Findlay y O'Rourke resumen la idea al afirmar que el «poder aporta los medios para asegurar la abundancia, que, por su parte, provee al poder del suficiente vigor». De hecho, la violencia de uno u otro tipo ha forzado la llegada de toda una serie de avances:

Las mayores expansiones del comercio mundial no han surgido del incruento *tatônnement* [tanteo] de un subastador walrasiano sino del barril de una pistola Maxim, el borde de una cimitarra o la ferocidad de los jinetes nómadas.

Sin embargo, los autores se apresuran a dejar claro que, a pesar de su insistencia en la importancia de la violencia, de ningún modo son «marxistas». Por el contrario, «como casi todos los economistas de las corrientes dominantes, entendemos que la inventiva y los incentivos, más que

la pura acumulación, sea “primitiva” o de otro signo, son los factores que se sitúan en el centro del desarrollo». Tras dispar los potenciales temores, continúan:

Esto no supone que la expansión europea de ultramar deba ser considerada irrelevante. Puede que el saqueo no alimentase directamente la Revolución industrial, pero el mercantilismo y el imperialismo constituyeron una parte importante del contexto global en el que se originó, acompañados de la expansión de los mercados y el abastecimiento de materias primas. Sin duda, la violencia contribuyó a conformar este medio en el que operaban tanto las fuerzas económicas convencionales como la demanda.

Sobre esta exigua base teórica, *Power and Plenty* procede a señalar siete «regiones mundiales»: Europa occidental, Europa oriental, norte de África y sudoeste asiático, Asia central, Asia meridional y Asia sudoriental; el Nuevo Mundo tan sólo hace aparición con Vasco da Gama. Esta primera parte de la obra se centra exclusivamente en el comercio desarrollado ente estos bloques. Tras un bosquejo sobre el pasado de cada región a través de una implacable crónica política y dinástica, los autores pasan a enumerar los flujos comerciales de mayor importancia hacia el año 1000 d.C.: espadas y esclavos desde Europa occidental; pimienta, especias y seda desde Asia meridional; perfumes y rubíes del sudeste asiático, etc. La única región en contacto con todas las demás, incluida Europa occidental, era el mundo islámico, que se encontraba en su «Edad de oro», hipótesis contraria a la de Henri Pirenne acerca del aislamiento forzoso de la cristiandad.

Power and Plenty pasa a abordar las rutas comerciales de mayor importancia en la época: el Mediterráneo y el mar Negro, el océano Índico y el mar del Sur de la China, y las caravanas que atravesaban Asia central. Esta última ruta tuvo su apogeo en los siglos XIII y XIV bajo el control mongol, una *Pax Mongolica* en la que Findlay y O'Rourke ven un antecedente de la globalización, y bajo la cual Oriente y Occidente eran «componentes interactivos de un sistema unificado». Contrariamente a la perspectiva de Halford Mackinder sobre el «centro eurasiático», los autores describen Asia central no como «el simple escenario de las sucesivas oleadas de invasores nómadas», sino más bien como un «cruce de caminos» para el intercambio de bienes, inventos, arte y, ¡ay!, peste bubónica. Gracias a la emergencia de lo que Le Roy Ladurie llamó el «mercado común microbioano», los gérmenes de la epidemia se expandieron desde la región de Birmania-Yunnan a Asia central, y desde allí al puesto genovés de Kaffa en el mar Negro, desde donde los barcos de esclavos la distribuyeron por todo el mar Mediterráneo a partir de 1347.

Algo que llama poderosamente la atención en esta síntesis del intercambio global hasta el año 1500 es la posición poco destacada de Europa en la jerarquía mundial. El análisis del comercio de especias del Medievo tardío, que toma en consideración los datos de los primeros precios dis-

ponibles, demuestra la «completa dependencia de Europa de las condiciones del mercado asiático», al batallar Venecia y Portugal «en torno a los márgenes de beneficios que se cargaban sobre los consumidores europeos con respecto a un suministro asiático que aún venía definido [...] por las interacciones entre los productores y consumidores de la región». Los viajes de los descubrimientos de los siglos xv y xvi reorganizaron los escalafones geopolíticos e hicieron posible la formación de una verdadera economía global. Findlay y O'Rourke reproducen los datos comerciales que los Estados europeos comenzaron a recopilar en aquella época y que medían el comercio ibérico con los territorios del Nuevo Mundo, el intercambio transpacífico entre la América española y China, y el flujo de la plata americana hacia el este a cambio de la seda persa y china, las especias y otros bienes de lujo. Toman nota de cómo los holandeses capturaban las plazas fuertes portuguesas en el Sudeste asiático trasladándose hacia el interior para controlar la producción de especias, y rastrean los contornos del «viejo sistema colonial» británico –las Leyes sobre la Navegación que canalizaron las exportaciones a la metrópolis–. Así, señalan cómo los ingresos procedentes de la India, que empezaron con la toma de Bengala en 1757, sostuvieron las finanzas británicas durante las guerras con Francia, ejemplo de los potenciales rendimientos de la aventura colonial.

La Revolución industrial operó una segunda y aún más trascendente transformación. El incremento masivo de la productividad industrial, primero en Gran Bretaña y después en Europa y Estados Unidos, reestructuró profundamente el mercado mundial, reduciendo a Asia a la dependencia de la exportación de materias primas. Antes de 1800, el comercio de larga distancia se había limitado a bienes sin competencia como el té, el café, el tabaco y similares. Así, las telas indias y la seda y la porcelana chinas lideraban las manufacturas. Sin embargo, los avances tecnológicos fueron reconduciendo los costes de transporte y facilitando el comercio en mercancías al por mayor y con posible competencia, como por ejemplo el grano, el metal y los textiles. Con Londres a la cabeza de un régimen de libre comercio, el mercado mundial empezó a dictar los precios de las mercancías y a desplazar a los sectores nacionales más vulnerables. Al analizar diversos indicadores, incluido el incremento más acusado de las exportaciones en el PIB, los autores de *Power and Plenty* consideran que el siglo xix fue «más global» que el siglo xx, pues de hecho fue, según ellos, testigo de una original forma de integración:

Las «globalizaciones» anteriores habían sido muy geopolíticas en sus orígenes, vinculadas a la violencia y a la conquista [...] Sin embargo, la globalización del siglo xix habría estado en buena medida guiada por los adelantos tecnológicos. En éste y en otros muchos aspectos supuso un fenómeno nuevo y sin precedentes.

En una maniobra retórica característica, Findlay y O'Rourke hacen una breve concesión que, sin embargo, apenas altera su burdo veredicto inicial:

No obstante, esto no significa que la violencia y la conquista no fueran un elemento constituyente de las relaciones entre los poderes europeos, por un lado, y los Estados africanos y asiáticos y sus gentes, por otro.

Sin embargo, el siglo XIX se califica con satisfacción como la Edad de Oro del liberalismo. Por desgracia, la armonía comercial no sobrevivió a la época victoriana. *Power and Plenty* observa cómo la Primera Guerra Mundial trajo consigo un «abrupto final» para el orden del libre comercio, a pesar de que ya desde la década de 1870 las barreras comerciales se iban incrementando en cuantía y popularidad. Los bloqueos navales y la acción de los submarinos redujeron mucho el volumen comercial, a pesar del auge de las exportaciones en los países externos a la zona de la contienda. En el contexto del esfuerzo bélico, los gobiernos tomaron el control del comercio y del transporte, acabando con las doctrinas del *laissez-faire*. Las cosas tampoco mejoraron en el periodo de entreguerras, especialmente tras el *crash* de 1929. «Nunca antes en la historia los aranceles se habían reproducido tan rápidamente, ni se había practicado la discriminación de manera tan generalizada» se declaraba desde la Sociedad de Naciones en 1942, institución, por otra parte, ya para entonces virtualmente muerta. Con posterioridad a 1945 y durante mucho tiempo, la ausencia del bloque comunista con respecto al mercado capitalista mundial y las estrategias de sustitución de importaciones de los Estados en vías de desarrollo crearon un «panorama bastante deprimente» de autarquía y aranceles.

Sin embargo, *Power and Plenty* caracteriza el periodo de posguerra como uno de final «reglobalización», un retorno largamente postergado al orden decimonónico, una vez que fue evidente la naturaleza caduca de estas desviaciones estatistas. «La sustitución de importaciones pudo haber permitido rachas de crecimiento en muchos países en vías de desarrollo, pero los mercados nacionales se saturaron y el crecimiento mermó». En cuanto a lo ocurrido después de 1980, Findlay y O'Rourke dan cuenta de una gratificante «convergencia política» entre los países más ricos y el mundo en vías de desarrollo, en la medida en que este último se decidió a dismantelar la barreras arancelarias. En todo caso, no se arriesgan a aventurar ninguna explicación acerca de cómo se dio esta circunstancia, afirmando tan sólo que los gobiernos de los países desarrollados «eligieron o se vieron forzados por las circunstancias» a acometer un cambio de estrategia. Lo más que se atreven a afirmar acerca de estas misteriosas presiones externas es que, en el contexto de unos costes de la deuda crecientes durante las décadas de 1980 y 1990, «los acreedores con más poder aportaron soluciones en realidad más costosas y premiaron a los países capaces de generar ganancias a través de las exportaciones». Concluyen que la influencia del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional «apenas resulta relevante en el caso de gigantes económicos y políticos como Argentina, Brasil, India, Nigeria o Pakistán».

Power and Plenty advierte contra la posibilidad de exagerar el reciente giro liberal de la economía mundial, quizás con la esperanza de provocar

una reforma más profunda. Los aranceles agrícolas en Europa y Estados Unidos son relativamente altos, al igual que los de las manufacturas chinas e indias. El resto de aranceles son también cada vez más elevados, como ocurre en el caso de los impuestos *antidumping*, los cupos, los subsidios a la producción, etc. Al margen de la extensión de la especialización vertical, la clave de la actual tendencia radica en el desmoronamiento del concepto decimonónico de división internacional del trabajo. Los modelos de exportación se han modificado considerablemente al desarrollarse rutas de ida y vuelta en las manufacturas; «se ha pasado una página histórica». Sin embargo, los autores advierten sobre el hecho de que «la globalización es un proceso frágil y fácilmente reversible»; desde entonces hemos visto, por ejemplo, el colapso de las negociaciones de la Ronda de Doha en julio de 2008. El aumento del precio del petróleo elevará los costes del transporte, al tiempo que los «ajustes distributivos» de la economía mundial podrían provocar una reacción violenta «antiglobalización» entre los trabajadores menos cualificados de Occidente. Los autores citan el «no» francés a la Constitución europea, «basado en buena medida en ideas proteccionistas», y argumentan que se requerirá «todo un abanico de políticas nacionales complementarias para mantener el apoyo a las políticas comerciales liberales». En cuanto a los desafíos geopolíticos subyacentes, Findlay y O'Rourke reconocen la dependencia financiera y energética de Estados Unidos respecto de las potencias rivales, pero desestiman los llamamientos neoconservadores que abogan por el uso de la fuerza militar para mantener el liderazgo, puesto que lo consideran una medida «potencialmente fatal para la globalización extensa y benigna que por fin se ha alcanzado».

Findlay y O'Rourke se dejan guiar en el terreno histórico por la teoría neoclásica del comercio internacional desarrollada por Eli Heckscher y Bertil Ohlin en el periodo de entreguerras. Se trata de un modelo ricardiano de ventajas comparativas centrado en la relativa disponibilidad de los factores tierra, trabajo y capital. Una región se especializará en el tipo de producción que requiera el «factor» del que más abundancia disponga: las fértiles tierras americanas intercambiarán trigo por manufacturas del viejo mundo abundante en trabajo, por ejemplo. Los mercados sin restricciones pueden, desde esta perspectiva, enfrentarse a las ineficiencias globales provocadas por la desigual distribución de los recursos. El modelo ha sido muy criticado: Wassily Leontief, en particular, mantuvo que Estados Unidos había actuado de manera contraria a lo que se esperaba al importar mercancías intensivas en capital y exportar mercancías intensivas en trabajo. Sin embargo, la hipótesis sigue teniendo sus partidarios y ha logrado sobrevivir a estos embates mediante sucesivas adaptaciones (ajustándose a tasas salariales superiores en el sector exportador, incorporando las diferencias tecnológicas y los costes comerciales, etc.). Findlay, que estudió en el MIT con Paul Samuelson, uno de los mayores exponentes del modelo, de hecho publicó las conferencias de Ohlin en 1991 con el título *Factor Proportions, Trade and Growth*.

Heckscher y Ohlin podrían arrojar cierta luz sobre algunos problemas tales como el efecto reductor del trabajo de los «shocks demográficos» como la Peste Negra, pero no aportan ningún elemento para un enfoque que problematice las relaciones sociales. Se trataría de un modelo que mide la cantidad de tierra, trabajo y capital en un país dado, pero no considera cómo se estructuran dichos factores; esto, sin duda, supone un riesgo, tal como se demuestra en el tratamiento que Findlay y O'Rourke hacen del imperialismo y la Revolución industrial. En varias ocasiones se refieren a diversos estudios acerca de la expropiación colonial, tales como el trabajo de Nuala Zahedieh sobre Jamaica, del que se limitan a comentar sin profundizar más en la cuestión: «no podemos imaginar un mejor ejemplo del concepto marxiano de “acumulación primitiva”». Sin embargo, la acumulación primitiva no puede confinarse a las colonias: como bien se sabe, el recorrido de Marx se inicia con la incautación de las tierras agrícolas en la metrópoli mediante los cercamientos. *Power and Plenty* acude a una combinación de argumentos sobre la penetración de la Revolución industrial en Inglaterra (acudiendo a la tecnología, la geografía, la competencia política etc.), pero deja sin tratar los condicionantes internos para el cambio en una sociedad que ya se había convertido a la producción de mercado.

Esto nos conduce a una deficiencia de mayor importancia: la relación central de «poder y abundancia» no se aborda sino de manera superficial, e incluso desaparece en periodos enteros una vez que la narrativa alcanza las apacibles aguas del *laissez-faire*. La falta de voluntad de apartarse de las perspectivas más ortodoxas implica un escaso compromiso con los intelectuales ajenos a las corrientes dominantes, que, por otra parte, hubieran aportado más rigor intelectual: las dos grandes obras acerca de las grandes potencias y el sistema-mundo en clave de larga duración*, *Civilization matérielle, économie et capitalisme, XVI-XVII siècle* [1979] de Fernand Braudel, y *The Long Twentieth Century* [1994], de Giovanni Arrighi, ni siquiera aparecen en la bibliografía**. Su único asidero conceptual es el ensayo de Viner publicado en 1948 que, a pesar de representar una impresionante introducción a la historia de las ideas, se limita a la época mercantil europea y no cuenta con un peso teórico relevante.

Findlay y O'Rourke podrían haber hecho uso de la historia del mercantilismo de Heckscher publicada en 1931, en la que se establece una clara distinción entre éste, como «sistema para forzar la política económica al servicio del poder como un fin en sí mismo», y el *laissez-faire*, que invier-

* La «larga duración» es el término con que se designa un nivel del tiempo histórico correspondiente a las estructuras cuya estabilidad es muy grande en el tiempo (marcos geográficos, realidades biológicas, límites de productividad, incluso algunos fenómenos ideológicos), para diferenciarlo del nivel de tiempo de la coyuntura. La acuñación del término se debe a Fernand Braudel y a la escuela de los *Annales*. [N. de la T.]

** F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, s. xv-xviii, Madrid, Alianza, 1984; G. Arrighi, *El largo siglo xx*, Madrid, Akal, 1999. [N. de la T.]

te el énfasis de los factores y supone una «considerable indiferencia hacia el poder». Desafortunadamente para ellos, la perspectiva de Heckscher fue desacreditada por Viner, que le obligó a admitir «una diferencia de grado y no una diferencia de clase» entre los dos sistemas. *Power and Plenty* pretende mantenerse junto a Viner, aunque retiene alguna huella de la formulación original de Heckscher en su énfasis en la ruptura llevada a cabo por la globalización victoriana, supuestamente basada en el cambio tecnológico más que en la conquista y la violencia. Aunque Findlay y O'Rourke apuntan hacia el hecho de que el colonialismo proveyó de materias primas y mercados que «ayudaron a sostener y profundizar el impacto de la innovación tecnológica», y a que los mercados africanos se convirtieron en «cada vez más importantes para los fabricantes europeos», en realidad dichas concesiones van en contra de su propio planteamiento. Su discurso evoca una economía mundial que gradualmente se separa de las obsoletas herramientas coercitivas; el estribillo sobre el «poder y la abundancia» se desvanece.

Las inquietudes liberales de los autores se ponen de manifiesto al asumir que con el advenimiento del libre comercio, hecho efectivo una vez que Cobden pudo exclamar su «Abajo las *Corn Laws*!», el flujo y reflujo universal de las políticas comerciales liberales es el único elemento de relevancia en la evolución económica mundial. A partir de ese momento, los autores se aplican en ocultar la permanente relación entre comercio y coerción, vínculo que se ve reflejado, por ejemplo, en la creciente importancia del imperialismo a finales del siglo XIX tal como fue identificado por Lenin, entre muchos otros. A pesar de considerar que las nuevas tecnologías, desde los barcos de vapor al fusil de retrocarga, «extendieron el alcance del imperio», Findley y O'Rourke no explican las razones de las expropiaciones de tierras sin precedentes que se dieron en esa época. Las largas argumentaciones sobre política aduanera usurpan el lugar relevante que debería ocupar una discusión seria sobre el proteccionismo y el imperialismo como intentos combinados de gestionar la depresión sobrevenida entre los años 1873 y 1896 protegiendo a las empresas de la creciente competencia industrial. Tampoco abordan la escalada de tensión y de rivalidades imperiales ni sus explosivas repercusiones en la crisis de julio de 1914. De hecho, los orígenes de la Primera Guerra Mundial ni siquiera se mencionan, considerándose la contienda como lo que denominan un «*diabolus ex machina*», un desconcertante «*shock* exógeno» de un por lo demás engrasado orden internacional.

El papel del poder estatal tras la Segunda Guerra Mundial es asimismo negado. Tampoco se analiza cómo Estados Unidos asentó su hegemonía ni cómo se reconfiguró la actual dinámica riqueza-poder, implemen-

* Las *Corn Laws* o Leyes de Granos eran una serie de leyes proteccionistas vigentes en el Reino Unido entre 1815 y 1846. A menudo se entienden estas leyes como ejemplo del mercantilismo británico, y su abolición marcó un paso significativo hacia el libre mercado [N. de la T.].

tada por actores interpuestos y carente de ambiciones territoriales. *Power and Plenty* tan sólo deja constancia de que Europa occidental y Norteamérica «se mantuvieron al margen de la deriva proteccionista [...] bajo el liderazgo militar y político de Estados Unidos». Los autores vinculan de manera nada casual la liberalización con dicho «liderazgo»; en realidad, los responsables de formular las políticas a ambos lados del Atlántico parecieron actuar conforme a las lecciones aprendidas en el periodo de entreguerras, aunque en todo caso sí es cierto que el Plan Marshall concedió a Estados Unidos cierto poder sobre la reforma del mercado en Europa. Buena parte del capítulo trata de los costes del transporte internacional, los cambios en los precios de las mercancías y los debates sobre las tasas de crecimiento. Al margen de una breve sección dedicada a la primera fase de la Guerra Fría y a la descolonización, la geopolítica brilla por su ausencia. Así, en la obra no encontraremos ninguna mención al rearme masivo que sustentó la recuperación de posguerra, a la dependencia de las economías más importantes como la de Japón o Corea del Sur de la protección militar estadounidense, o al socavamiento del sistema de Bretton Woods como consecuencia de las presiones que resultaron de la guerra de Vietnam. El capítulo final da cuenta, tardíamente, de que «el contexto geopolítico es crucial en la determinación de la extensión del comercio internacional» y de que Estados Unidos hasta ahora ha proporcionado la «infraestructura legislativa y coercitiva [necesaria] para mantener las rutas comerciales abiertas», aunque ello no supone más que una escasa compensación de las elisiones de la narrativa precedente.

Fernand Braudel destacó la importancia del comercio de larga distancia en la historia del capitalismo («la única puerta de entrada a un mayor nivel de beneficios»), que explica su atracción por los Estados, los comerciantes y los bucaneros. *Power and Plenty* es un notable intento de recorrer este desarrollo a largo plazo, y en ese sentido proporciona al lector una idea general de un campo que suele tratarse de manera parcial haciendo hincapié en el comercio de especias, el colonialismo o las instituciones internacionales de posguerra. En la obra se examina cuidadosamente una gran cantidad de material, que cubre cada esquina del globo. La diligencia de los autores a este respecto hace que resulte más difícil explicarse la omisión de ciertas dimensiones clave únicamente como un descuido. Parece, más bien, una consecuencia de su apego ideológico al libre comercio. De ahí que su esfuerzo por reincorporar la coerción a la temprana historia del comercio mundial deber ser entendido como un movimiento limitado que, en todo caso, no se atreve a mancillar el ilustre linaje victoriano de la globalización contemporánea. El compromiso liberal de los autores parece estar en el origen de la ansiedad que se plasma en la exploración geopolítica del presente orden mundial, orden que en la actualidad requiere evitar el conflicto político haciendo concesiones a las potencias emergentes (reservándoles un puesto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, la presidencia del Fondo Monetario Internacional, etc.) para sobrevivir a la turbulencia del siglo XXI.

Unas cuantas nociones acerca del «poder y la abundancia» no son suficientes para examinar el balance histórico de la coerción económica y extraeconómica, y estructurar una narrativa de esta envergadura. Findlay y O'Rourke han tratado de dotar de historia a la globalización, pero el resultado es más una crónica, demasiado restringida a la árida tarea de la compilación de datos; amontonan, pero no registran. Se trata, en definitiva, de una débil vindicación del vigente orden mundial.